

PILDĀIN un vasco de de cuerpo entero

LEZO, patria y cuna

La patria y cuna del doctor Pildain es el pueblo de Lezo, pintoresco rincón guipuzcoano enmarcado por el monte y el mar, que inseparablemente unidos forman un apacible regazo donde se asienta este recoleto municipio y universidad, de la provincia de Guipúzcoa; diócesis y partido judicial de San Sebastián, del que dista unos ocho kilómetros.

Se encuentra situado a la sombra de la ladera meridional del rectilíneo Jaizquíbel —*dosel, cobijo y defensa*— y a orillas del pequeño río Oyarzun, cerca del brazo de mar que sube del bocal del puerto de Pasajes, en la zona industrial de Rentería.

Lezo es lugar agradable, sano, algo alto, de buenos aires y espléndidas vistas dignas de ser contempladas. Los setenta caseríos esparcidos por la sierra acrecientan la belleza del paisaje, y es una delicia recorrerlos paseando o trepando por los numerosos senderos trazados en la falda de su monte.

Es centro agrícola, abundante en huertos y prados, rico en árboles de distintas especies, singularmente manzanos, que dan vida a una notable industria de madera y producción de sidra.

«La referencia más antigua que se tiene de la población de Lezo es el privilegio de términos concedido a Fuenterrabía por el rey Alfonso VIII, el de las Navas de Tolosa, en 1203, en que hace donación de esta ciudad a Guillermo Lazón y sus compañeros, para que fuesen sus vecinos.

»Por tradición se dice que este Lazón era el dueño de la casa Lezo-aundia, y sus compañeros son, sin duda, los propietarios de las demás casas. Desde aquella época, Lezo perteneció al distrito municipal de Fuenterrabía, y era una aldea de ésta con título de Universidad, sin tener jurisdicción propia, sino tan sólo pedánea de los alcaldes de dicha ciudad. Tenía, sin embargo, sus términos propios, amojonados y separados de Fuenterrabía, y su administración económica independiente, compuesta de un capitán de paz y otros dos regidores, con el depositario de fondos, que llamaban copero.

»Irún y Pasajes se segregaron de Fuenterrabía después de muchas instancias, pero Lezo ha pasado a ser municipio independiente sin realizar ninguna gestión al efecto, produciéndose esta unidad geopolítica autónoma al aprobar las Cortes de Cádiz la ley de términos municipales en el primer tercio del siglo XIX, rompiéndose con ello todos los vínculos anteriores.»

Las gentes de este pueblo, por los años 1597 y siguientes, estuvieron muy relacionadas con el mar, y se dedicaron a un tráfico mercantil marítimo que estuvo protegido por importantes privilegios reales. En el brazo de la bahía de Pasajes que desemboca en Lezo, existieron unos astilleros en los que se construían navíos de alto porte, como la famosa nao capitana de la Armada del Océano «Nuestra Señora del Pilar y el Señor Santiago», en 1597, en la que el rey Felipe V hizo su entrada en Lisboa. Pero estos astilleros, años más tarde, se paralizaron por completo.

El puerto de Lezo, antiguamente, tenía más fondo que hasta hace poco y llegaban a él bajeles de 70 a 80 toneladas. En la actualidad, con los dragados llevados a cabo, y con las nuevas instalaciones portuarias pueden entrar barcos de hasta 180 metros de eslora y 30 pies de calado.



Lezo ha conservado viejas casonas solariegas de piedra y timbradas frecuentemente con grandes y señoriales escudos de armas, y una casa-torre que llaman el palacio, porque en él solían descansar los obispos que iban de visita.

Edificio destacado es la Casa Consistorial, de estilo renacentista, que ostenta en su fachada el escudo de la Universidad de Lezo, en alto relieve. Noble y espléndida es la iglesia parroquial, dedicada a San Juan Bautista, que data de 1557, de estilo ojival y de piedra sillar, de única nave, muy amplia y de gran altura, por lo que sus muros están reforzados exteriormente con sólidos contrafuertes. En una de sus seis capillas, la que está en el muro lateral opuesto a la puerta accesoria, se encuentra la pila bautismal, donde fue bautizado el obispo Pildain, cerrada por una artística verja de hierro forjado.

Especial reseña merece la iglesia-basílica, en la que se venera el famoso Santo Cristo de Lezo, muy popular y de gran devoción en toda Guipúzcoa. El Cristo es muy visitado durante todo el año y objeto de innumerables peregrinaciones de todo el País Vasco. Esta devota efigie, según tradición popular, fue traída, en el siglo X, por San León, obispo de Bayona, diócesis a la que el pueblo pertenecía entonces. También se afirma que fue hallada a orillas del mar, por lo que las gentes marineras le tienen una especial devoción y la saludaban, al pasar sus navíos por las inmediaciones de la ermita, con salvas de veintidós cañonazos.

«Es una preciosa escultura bizantina, rarísimo ejemplar de Cristo sin barbas, hábilmente realizada, fina, elegante, esbelta, austera y de correcta anatomía, con un atrayente aspecto, doliente y ascético, que inspira con facilidad a la devoción». Mons. Pildain sentía por él, como buen hijo de Lezo y de marinero, un especial cariño, visitándolo con frecuencia en su niñez y años mozos. Más tarde, siendo canónigo, predicó durante muchos años en sus fiestas patronales.

La población de Lezo a principios del siglo XX era de sólo 1.198 habitantes, que en la actualidad superan los 4.000. La fisonomía del pueblo, en el casco antiguo, ha cambiado poco, aunque en los últimos años algunas circunstancias de incidencia industrial, de ampliación de muelles portuarios y de la expansión urbana con la creación de nuevos barrios y polígonos, han determinado una transformación estética, pero sin restar personalidad al lugar que permanece, con sus gentes, con la solera de siempre.

Su escudo de armas tiene, en campo de oro, ondas de mar azules y de plata, con tres tejos verdes en su ribera, sobre cada uno de los cuales hay una panela verde; y de cimera una corona de oro y lambrequines de los mismos metales y colores.

Como hijos ilustres de Lezo, en los siglos XIII al XIX, se encuentran Guillermo Lazón y sus compañeros, como se ha indicado, el almirante Villaviciosa y sus hijos, el capitán Pedro de Vizcaya, el caballero Pedro Tizu, el capitán Domingo de Arizpe y Eugenio Ochoa, notable escritor.

Entre los contemporáneos podemos destacar al organista Tomás Garbizu, al pintor Elías Salaberría, célebre por su lienzo *La procesión del Corpus en Lezo* y, naturalmente, al doctor Pildain, obispo de Canarias.

Por estas tierras pasó el emperador Carlos V cuando iba a Gante, el año 1540, recibiendo en el pueblo con gran amor y grandiosos festejos. Recientemente, lo haría el cardenal Roncalli, elegido más tarde Papa, con el nombre de Juan XXIII.

«Lezo no es, de ningún modo, el pueblo pobre, lóbrego y entristecido que pintó Víctor Hugo al hacer la descripción de su visita a este lugar. Cuando la escribió estuvo, sin duda, bajo la influencia de una falsa impresión, patente ya en otras obras de este literato. Quizá, por lo que a Lezo se refiere, su incompreensión proceda del contraste que entonces existía entre el desenfado y la libertad —de matices extranjeros y claramente heterodoxos— existentes en la zona donde él habitaba y el recogimiento y la calma, no exentos de prudente alegría, que campeaban en el ambiente urbano lezotarra, dándole unas características seguramente bien diferentes de las que le atribuyó el ilustre escritor galo. Irreligioso, al estilo de la época, no encontró gratos la pacífica gravedad y el silencio del pueblo, ni le gustaron las calles, donde la luz del día era atenuada por la sombra que proyectaban edificios severos, sobre los que a menudo aparecía una cruz», como bien dice Leandro Silván en su obra de nombre «Lezo».

En este Lezo, bello rincón guipuzcoano, histórico y legendario, amparado por su Santo Cristo, cobijado a la sombra protectora del rectilíneo Jaizquíbel y junto al mar, donde en otro tiempo realizaron brillantes empresas muchos de sus antepasados, quiso Dios que naciera Antonio Pildain y Zapiain, un 17 de enero de 1890, en una de esas casas solariegas de piedra, llamada *Betienea*, piso primero, a las once y media de la noche, en un invierno crudo, cuando la nieve cubría con su blancura todo el País Vasco. Hacía pocas horas que las campanas de la vieja torre parroquial de *Joan Bataiatzaillea* habían repicando convocando a segundas vísperas de la festividad de San Antonio Abad, como preanuncio del natal feliz de un hijo del pueblo que, al correr de los años, añadiría un báculo y una mitra al escudo heráldico de su patria y cuna.

Tenía que ser precisamente en el día de este anacoreta, porque la estrella del patriarca de los monjes iba a guiar los pasos del recién nacido, dejándole una huella de amor y gratitud, que más tarde, siendo obispo de Canarias, pagaría a su santo y protector, dedicándole la primera parroquia que creara en su diócesis, la de San Antonio Abad, en el término de Tamaraceite, en la isla de Gran Canaria.

Con frecuencia solía decir: «Yo soy vasco y cristiano por los cuatro costados —de lo que me siento muy orgulloso—, porque en Lezo nací y fui bautizado».

Cuatro días más tarde, y en la misma parroquia, recibía las aguas bautismales de manos de su tío paterno don Eusebio Pildain, coadjutor de la misma. Se le impuso el nombre de Antonio Serapio, en gratitud, el primero, al santo del día de su nacimiento y, el segundo, en atención a su padrino don Serapio Larreategui, coadjutor de Eibar, siendo la madrina la abuela materna doña María Josefa de Arillaga, representada por su tía paterna doña Victoriana de Pildain. En el Archivo de la Parroquia de San Juan Bautista de Lezo, libro V de Bautismos, folio 36, núm. 5, se encuentra inscrita su partida bautismal, que dice literalmente:

PARTIDA DE BAUTISMO

«En la Universidad de Lezo, Provincia de Guipúzcoa, Obispado de Vitoria, a veintiuno de Enero de mil ochocientos noventa, Yo el infrascrito Presbítero Coadjutor de la misma, con la competente autorización del Párroco de la misma de San Juan Bautista, bauticé solemnemente a un niño a quien puse por nombre Antonio Serapio, es hijo legítimo de Don Gabriel de Pildain, natural de Vergara, de oficio Piloto, y de Doña María Casilda de Zapiain, natural de Astigarraga, Profesora de Primeras Letras, feligreses míos. Nació, según declaración, a las once y media de la noche del diez y siete del mes corriente en la casa «Betienea» piso primero. Son sus abuelos los paternos Don José Venancio de Pildain, natural que fue de Vergara, y Doña María Mercedes de Arreivia, natural de Muruzábal (Navarra) y feligresa de ésta. Maternos, Don José María Zapiain, natural de Astigarraga, y Doña María Josefa de Arrillaga, natural de Alza y residente en Astigarraga. Fueron sus padrinos Don Serapio de Larreategui, natural de Plasencia y Presbítero Coadjutor de Eibar, y, en representación de la abuela materna, Doña Victoriana de Pildain, natural de Vergara y feligresa de ésta, a quienes advertí la cognación espiritual que contrajeron y demás obligaciones, siendo testigos don Martín José de Lizarazu, Sacristán, y Don José Agustín Isasa, organista, naturales y vecinos de Lezo. Y, por la verdad, firmamos. Fha. ut supra. Dn. Rafael María de Zabala. Dn. Eusebio de Pildain Coadjutor. Rubricados.»

Sus padres, don Gabriel Pildain y Arreivia y doña María Casilda Zapiain y Arrillaga, formaron un hogar profundamente cristiano, que Dios bendijo con cuatro hijos: Antonio, Teodora, María y Mercedes, que recibieron una esmerada educación religiosa.

Las dos últimas hermanas murieron bastante jóvenes, quedando solo Antonio y Teodora, que no se separarían, hasta que ésta falleció en Las Palmas el 12 de diciembre de 1958, dejando una profunda huella en el doctor Pildain, ya que le había atendido y acompañado siempre, cuando era canónigo lectoral de Vitoria y luego obispo de Canarias.

Sin duda debió mucho a su padre, viejo lobo marino, hombre fuerte, curtido, constante, valiente y luchador, que supo despertar en su hijo Antonio un profundo amor al mar.

Con frecuencia solía decir: «Me encanta el mar, contemplar el mar, oír el ruido del mar». Ya retirado, le veíamos pasear por la Avenida Marítima del Sur, frente al Colegio de los Padres Jesuitas, añorando, tal vez, aquellos días de su infancia, en los que su padre le llevaba a bordo de su barco por el puerto vasco de Pasajes.

Pero el sentido profundo de la fe y de la piedad lo debió a su madre, de la que recibió la semilla de su vocación sacerdotal, a la que quería y siempre recordaba con veneración. Cuando hablaba al magisterio solía decir: «Mi madre también fue maestra...», «por eso, tal vez, comprendo a los maestros y sé valorar su dedicación a los niños...».

La palabra «ama» en sus labios tenía una emoción y un tono especial, que le hacían correr las lágrimas por sus mejillas, y arrancaba siempre grandes ovaciones, como las de aquella memorable conferencia en el Monumental Cinema de Madrid, el 25 de mayo de 1933:

«Para darnos cuenta de lo que significa tener una madre, nadie mejor que uno, incomparablemente mejor que todos los oradores y escritores y poetas del mundo; porque, pensad cada uno en vuestra madre y decidme si hay en el mundo lengua de orador, pluma de escritor, plectro de poeta, inteligencia de ángel, capaz de cantar cual se merece a esa reina de vuestro amor.

Sería menester tener una lengua tejida de corazones maternos, para decir lo que es una madre, lo que es tener una madre, lo que es el corazón de una madre.

Nosotros, los que, gracias a Dios, tenemos madre; nosotros, los que tenemos la dicha de ver todavía a nuestro lado a esa bendita mujer que nos llevó en su seno, y de cuyo pecho bebimos el dulcísimo néctar de la vida; nosotros, los que tenemos la felicidad de vernos todavía retratados en esos ojos, que no parecen abrirse sino para mirarnos, y de vernos acariciados por esas manos que parecen no moverse sino para servirnos; nosotros, a quienes nos cabe el consuelo inefable de poder, en horas de tristeza, derramar nuestro corazón en el corazón de nuestra madre y sentir cuán al unísono palpita con el nuestro, sabemos bien lo que es tener madre.»

AGUSTIN CHIL ESTEVEZ - «Pildain, un obispo para una época» (1987)